

ALAN MOOREHEAD

No hay sitio en el arca

LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones

Colección Fuera de sí. Contemporáneos, 22

Título original: *No Room in the Ark*

© Alan Moorehead, 1959

© de la traducción, J. Ferrer Aleu

La Línea del Horizonte Ediciones, tras realizar una búsqueda diligente, no ha logrado localizar a los herederos del traductor J. Ferrer Aleu y declara su disposición a satisfacer los derechos de autor derivados de la publicación de la traducción de *No hay sitio en el arca* de Alan Moorehead a sus derechohabientes.

© De esta edición: Festina Lente Ediciones S. L. U., 2023

Todos los derechos reservados

Primera edición: mayo de 2023

Publicado por La Línea del Horizonte Ediciones

C/ Mesón de Paredes, 73 | 28012 (Madrid, España)

www.lalineadelhorizonte.com | info@lalineadelhorizonte.com

Directora editorial: Pilar Rubio Remiro

Coordinador editorial: Miguel S. Salas

Corrección ortotipográfica: Christian Cruz

Diseño de cubierta: Víctor Montalbán | Montalbán Estudio Gráfico

ISBN: 978-84-17594-82-4 | THEMA: 5PBD, 1HZT, WNJ | Depósito Legal: M-879-2023

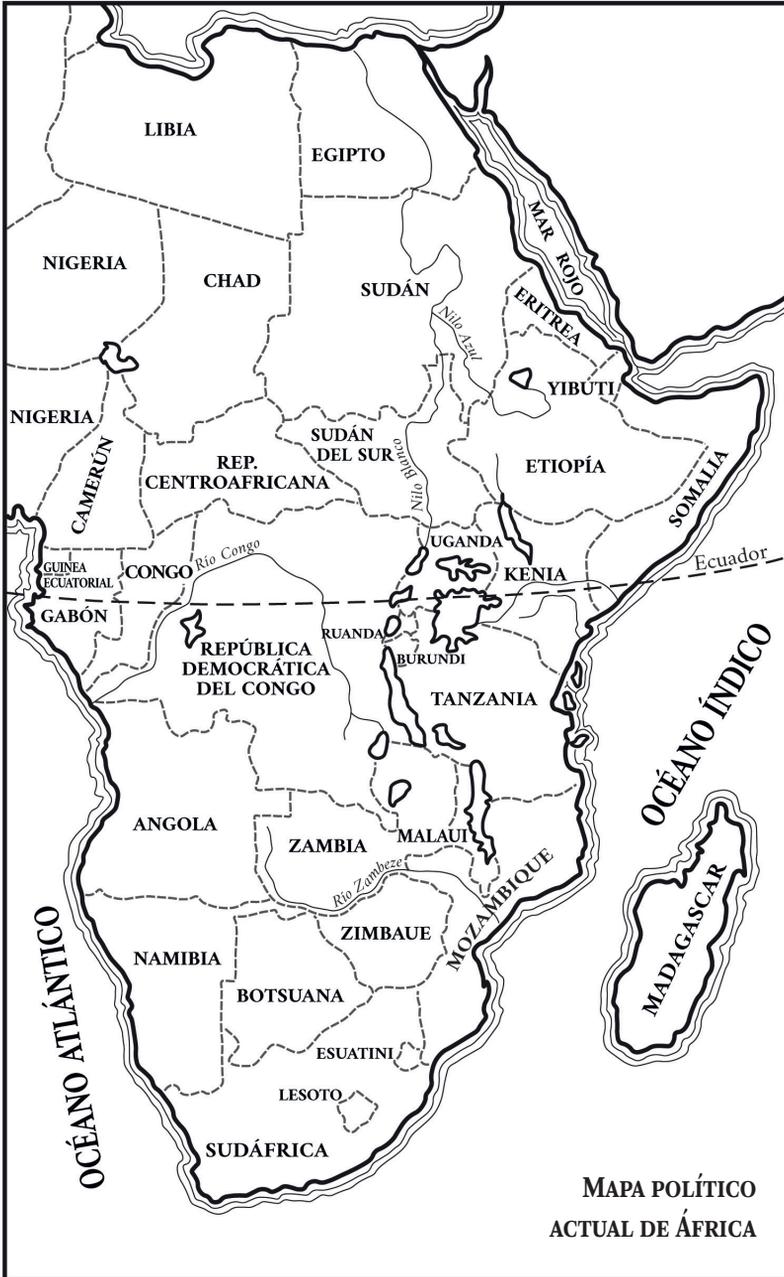
Imprime: Cofás | Impreso en España

Este libro ha sido impreso en papel ecológico, cuya materia prima proviene de una gestión forestal sostenible.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. www.conlicencia.com

ÍNDICE

1. El mandril presumido	(15)
2. El <i>Hyrax</i> en Arcadia	(45)
3. En pleno periodo cuaternario	(85)
4. El otro lado del monte	(105)
5. La flecha envenenada	(129)
6. El más pacífico de los simios	(147)
7. Los karamojongos	(161)
8. Desde los días de Mayerling	(193)
9. El Nilo	(217)



Al comandante general sir Francis De Guingand

Querido Freddie:

Yo había hecho un par de visitas a África, más allá del Sahara, antes de reunirme con usted en Johannesburgo en 1956, pero fue en esta última ocasión cuando empecé a explorar de veras. Ahora, África se me ha metido en la sangre y empiezo a comprender lo que quiso decir Joseph Thomson cuando escribió, poco antes de morir: «Estoy condenado a ser un trotamundos. No soy un fundador de imperios. No soy misionero. No soy siquiera un verdadero científico. Solo quiero volver a África para seguir vagando por ella».

Ahora quizá ya queda poco del África de Thomson, pero tengo la impresión de que, en mis cuatro viajes de los últimos años, he podido atisbar aquel mundo perdido que usted conoció tan bien cuando era un joven oficial de los Fusileros Africanos del Rey.

Olvidaremos y perdonaremos los tristes días en que usted salía con su rifle a matar elefantes, esperando pagar su licencia con marfil; espero que, desde entonces, haya cambiado su modo de ser. Y también confío que apruebe el contenido de este libro, que deseo dedicarle, y acepte el testimonio de mi afecto.

ALAN MOOREHEAD

NOTA

Sería totalmente imposible consignar aquí los nombres de todos los que me ayudaron en mis viajes por África del Sur y África Oriental, pues es esta una de las zonas más hospitalarias del mundo, y el viajero, al dejar atrás las ciudades tiene que fiar no poco en la amabilidad de los habitantes.

Debo, no obstante, consignar mi especial agradecimiento al capitán Potter del retén de Hluhluwe,¹ en África del Sur; a Mervyn Cowie, Noel Simon, David Sheldrick, Hugh Massey, Donald Ker y Sidney Downey, de Kenia; a Peter Molloy, de Tanganica,² y a Ralph Dreschfield, Rennie Bere, Frank Poppleton, Bombo Trimmer, Bruce Kinloch, comandante Robson y John Blower, de Uganda.

Todos estos hombres contribuyen, de diversas maneras, a la protección de lo que resta de vida salvaje en África. De momento, su batalla parece perdida. Por esto, aunque sé que ninguno de ellos ha perdido su coraje, creo conveniente que sepan, ellos y sus colegas, que somos muchos los que estamos desparramados por el mundo y conocemos, admiramos y respetamos la lucha en que se hallan empeñados. Jamás he conocido a un guarda jurado en África, ni a un solo empleado de los parques nacionales, que desempeñara su misión por otras razones que no fueran el amor y la fe en su trabajo. Tal vez esto, más que nada, me hace esperar que al final saldrán victoriosos.

El capitán Charles R. S. Pitman ha tenido la gentileza de corregir las pruebas.

Finalmente, debo expresar mi gratitud a los directores del *New Yorker* y del *Sunday Times* de Londres, en

1 Ciudad al noroeste de Sudáfrica. [Todas las notas al pie, salvo que se indique lo contrario, son del editor]

2 La República de Tanganica se corresponde, desde 1964, con la región continental de la actual Tanzania.

cuyas columnas apareció primero mucho de lo que figura escrito en las páginas que siguen, si bien con algunas diferencias de forma. Ambos autorizaron de buen grado la reedición de este material, y quiero darles las gracias por ello.

1

EL MANDRIL PRESUMIDO

Hace años los ingleses tenían montado un servicio fluvial de hidroaviones a través de África y, aunque el vuelo era lento y a veces accidentado, no recuerdo nada más delicioso. Se salía de El Cairo a primeras horas de la mañana, entre ráfagas de espuma que salpicaban las ventanillas y después, en cómodas etapas, se remontaba el Nilo hasta su origen, en el ecuatorial lago Victoria. Desde allí proseguía la ruta a través de una serie de lagos y a lo largo del Gran Valle del Rift, hasta llegar a Durban, en África del Sur. De noche no se viajaba, y el hidroavión hacía escala en deliciosos lugares de la ruta: Wadi Halfa, en mitad del desierto egipcio; Jartum, en el Sudán, en la confluencia del Nilo Azul y el Nilo Blanco; Kisumu, en el lago Victoria (este lago es tan enorme que al cruzarlo se pierde de vista la orilla), y Livingstone, a tres kilómetros de las cataratas Victoria.

La mayoría de estos puntos de parada eran lugares apartados que tenían poca conexión con el mundo exterior, y por esto se veía uno sumido de pronto en un escenario típicamente africano. No había estaciones, ni anuncios, ni tráfico de ninguna clase; solo el deslizarse de las aguas fangosas cuando nos deteníamos en un río o un lago en plena selva y venía a buscarnos un chico en una barca para llevarnos a la orilla; un chico negro como el carbón y a menudo desnudo de cintura para arriba, por cuyo aspecto se habría dicho que le cuadraba mejor una choza de paja que el extraño mundo de monstruos voladores.

En el río Zambeze, recuerdo que una lancha tuvo que evolucionar varios minutos antes de que descendiera el avión para despejar de hipopótamos el lugar.

También recuerdo vivamente un pequeño poblado llamado Malakal, a orillas del Nilo Blanco, en el Sudán, donde las mujeres de la tribu dinka tenían un metro y ochenta centímetros de estatura y las caderas estrechas como muchachos. Llevaban el cabello copiosamente engrasado y dispuesto en un maravilloso y altísimo peinado. Caminaban gravemente a lo largo de la orilla y volvían la cabeza para no ver el avión que sobrevolaba el agua, tal como suelen hacer las gentes primitivas al enfrentarse con algo que consideran milagroso y fuera del alcance de toda comprensión.

Estas escenas daban al viajero la breve pero fuerte impresión de lo que es África. Le parecía que contemplaba el país tal y como lo habían visto Livingstone y otros antiguos exploradores y, aunque yo hice una sola vez este viaje, en 1941, me hizo sentir el vivo deseo de volver algún día. Deseaba sobre todo ver los animales y algunos de los lugares menos frecuentados, desde el Congo hacia el sur, en plena África negra. Supongo que aquello no sería más que el ansia corriente del turista por el África de los tam-tams y de la jungla, pero no por esto era menos sentida. La guerra, sin embargo, vino a entorpecer todo proyecto de esta clase y, por diversas razones, fui demorando el viaje hasta que un día, hará cosa de un par de años, tropecé en Londres con un amigo que vivía en África del Sur. Me invitó a visitarle en Johannesburgo. Todo, me dijo, podía arreglarse desde allí. Al cabo de diez días, mi esposa y yo nos poníamos en marcha.

Comparado con los días del viejo hidroavión, el actual viaje por el aire a África del Sur resulta bastante monótono, y la propia ciudad de Johannesburgo constituye una desilusión para cualquiera que, como nosotros, llegue a ella con la cabeza llena de ideas sobre el África primitiva. No hacía aún veinticuatro horas que estábamos en la ciudad cuando nos desengañaron sobre dos

puntos de la mayor importancia. Quedaban, nos dijeron, muy pocos animales salvajes en África del Sur, es decir, salvajes en el sentido de campar libremente por la selva. Hacía solo ochenta o noventa años que podían contarse por millones. En el mismo lugar en que hoy se asienta la nueva ciudad de Johannesburgo (que apenas cuenta setenta años), los primeros colonos habían visto manadas de gacelas saltarinas de casi un kilómetro de anchura y que tardaban cuatro horas en pasar. Pero se había hecho de ellos una gran matanza, vendiéndose a seis peniques la pieza. La gacela saltarina es un bellissimo antílope que, en momentos de peligro, da enormes saltos en el aire. Es el símbolo nacional de África del Sur. Hoy en día, uno puede considerarse dichoso si puede ver un solo ejemplar en las cercanías de Johannesburgo. Al igual que los otros animales salvajes, la especie solo ha sido preservada en los cotos y en los parques nacionales. Otros animales, como la cuaga,³ el león del Cabo y el gamo azul se han extinguido completamente.

Nuestro segundo desengaño se refirió a las primitivas comunidades africanas que tanto deseábamos ver: el noble y desnudo cazador, con su arco y sus flechas, sus danzas guerreras y sus hechizos. Consulté sobre ello a una señora inglesa que había vivido muchos años en África.

—Dudo —me dijo— de que encuentre muchos africanos desnudos. Hacia el norte, en Uganda, tal vez tropiece con algunas tribus en que las mujeres llevan solo un faldellín de hojas atado a la cintura. Pero son muy pocas. Todos los africanos prefieren vestirse a la europea cuando pueden, y cazar con rifle o escopeta a hacerlo con lanza. En cuanto a las danzas, el mejor sitio para verlas son las minas de oro, aquí, en Johannesburgo. Los mineros dan sesiones de baile los domingos por la mañana...

3 Subespecie de cebra ya extinta.

pero no van desnudos, naturalmente. Llevan sus cascos de minero y el pantalón y la camisa de trabajo.

—Pero ¿y los hombres de la selva? —le dije—, ¿los primitivos bosquimanos de Kalahari?

—Pues sí —me respondió—, son bastante primitivos, pero a menos que sea usted antropólogo, no creo que los encuentre muy interesantes. En realidad, no hacen nada. La mayor parte del tiempo lo pasan sentados en círculo arrancando raíces del suelo. De vez en cuando, un hombre se levanta y empieza a dar vueltas en una especie de danza muy lenta. Y esto es todo lo que ocurre. Incluso han dejado de reproducirse.

Todo esto era muy desalentador, y debo confesar que, en nuestros paseos por Johannesburgo y sus alrededores durante la primera semana, ni mi esposa ni yo vimos nada que hubiese chocado en Mánchester o en Birmingham. Era un mundo compuesto de manzanas de viviendas y despachos, campos de golf, jardines suburbanos, pueblos de chozas y surtidores de gasolina. Solo de tarde en tarde ocurre algo que le recuerda a uno que está en África y que no todo ha sido dominado por el mundo exterior. Una tarde muy calurosa salía a dar un paseo con mi anfitrión, y teníamos la impresión de hallarnos en un jardín suburbano cualquiera cuando, al volver una esquina, tropezamos con un grupo de niños negros que huían despavoridos. Pasaron corriendo por nuestro lado, pintado el miedo en sus semblantes, y perseguidos por un par de policías africanos que les gritaban sin dejar de correr. Pronto comprendimos lo que ocurría: los negritos habían infringido la ley jugando a los naipes en la calle. Tiradas sobre el césped se veían las cartas. Un sombrero de paja y una chaqueta habían sido abandonados por sus dueños al salir corriendo, y una cartera había caído al suelo. Cuando los policías comprendieron que

no podrían alcanzar a los muchachos, se detuvieron y recogieron aquellos objetos. Después volvieron a su furgoneta y llamaron a los chicos amablemente:

—Aquí está tu cartera. Si la quieres, ven a buscarla. Aquí está tu chaqueta.

Los jóvenes se volvieron y permanecieron indecisos en medio de la calzada. Por lo visto les resultaba muy doloroso verse despojados de sus preciosos bienes, y pronto, uno de ellos, más infantil y acaso menos valeroso que los demás, avanzó unos pasos. Era el dueño del sombrero de paja y quería recuperarlo. Se detuvo de nuevo, pero el policía volvió a llamarlo, tendiéndole el sombrero de paja, y el chico siguió avanzando despacio. Uno a uno fueron esposados por los policías y metidos en la furgoneta de detenidos.

Aquella misma tarde salimos en automóvil con una señora amiga para asistir a una comida a unos kilómetros de Johannesburgo. Como aún había luz y nos sobraba tiempo, propuse que nos detuviéramos en la cima de una colina a fumar un cigarrillo.

—Aquí no —dijo nuestra amiga.

—¿Por qué?

—Aquí suelen cometerse asesinatos.

—¿A la luz del día? ¿En lo alto de una colina? ¿Con los coches circulando por el camino?

—Sí —respondió ella—. Esperemos a llegar a la carretera principal.

En la casa del convite (para el cual nos habíamos vestido de etiqueta), ocurrió lo de costumbre. En cuanto hubo terminado la comida, comenzaron los juegos: dados, póker, canasta y *bridge*, hasta que todos estuvieron ocupados. Todas las conversaciones giraron sobre el deporte (principalmente la equitación) y los acontecimientos políticos del extranjero. Los muebles de las

habitaciones eran europeos, así como los cuadros y las alfombras. Allí no había nada africano. En otras palabras, África había sido deliberadamente excluida, produciéndonos la impresión de que estábamos en una isla; de que no solo éramos unos cuantos ricos aislados de los muchos pobres, sino los únicos blancos rodeados de toda una población negra. En África del Sur solo hay dos millones y medio de blancos en un mar de ocho o nueve millones de habitantes de color y, si consideramos una zona mayor —o sea, la totalidad del África negra—, la desproporción es aún más exagerada. En conjunto, habrá unos tres millones de blancos contra sesenta millones de negros. Entonces uno empieza a comprender por qué los europeos que se encuentran en África se empeñan en manifestar su europeísmo, en lucir su indumentaria acostumbrada y en acentuar sus costumbres de tribu. Es un medio de mantener su autoridad y su independencia.

Esta impresión de aislamiento de las comunidades blancas no dejó de asaltarnos repetidamente durante nuestro viaje. Por muy tranquilos que pareciesen los paisajes que nos rodeaban, uno sentía siempre una vaga inquietud. A fin de cuentas, no hace mucho más de sesenta o setenta años que, en el continente negro, el doctor Livingstone era el único hombre blanco en miles de kilómetros a la redonda.

Yo solía divertirme observando a los negros en las carreteras próximas a Johannesburgo. Aún siguen caminando en fila india como si estuvieran en un sendero de la selva, y a menudo uno de ellos toca la guitarra o la armónica sin dejar de andar. Cuando llega el momento de dividirse el grupo y cada cual enfila su camino a través de los campos, aún prosiguen su conversación. Por lo visto se resisten a romper del todo el mutuo contacto, y por esto, sin volver la cabeza, siguen hablándose a gritos hasta que sus voces se pierden en la distancia. Todo

esto parece bastante tosco e ingenuo y nos recuerda vagamente la propia infancia, las tardes de verano, tiempo ha olvidadas, en que los chicos volvíamos de la escuela charlando y jugando durante el trayecto hasta nuestras casas. Pero precisamente, por ser estas escenas tan naturales e inocentes, contienen una aguda advertencia al hombre blanco y le dicen que sigue siendo un extraño allí, y que nunca será capaz de andar por África con tal despreocupación y que su propia superioridad es una carga.

Lo mismo ocurre los domingos por la mañana en las danzas de los mineros. Los asientos están dispuestos en varias hileras alrededor de una especie de plaza de toros y, como en España, hay dos clases de localidades: las de sol y las de sombra. Los europeos se sientan a la sombra. A los mineros les gusta bailar: es su gran diversión de la semana. Las diferentes tribus actúan por turno, en grupos de doce o más. Es una lástima que las tradicionales faldas de paja y capas de piel de leopardo aparezcan tan mezcladas con las mugrientas camisetas europeas y los cascos de aluminio de los mineros, y que los tambores marquen a menudo compases que poco tienen de africanos. Gustaban mucho de la vieja tonadilla: «Quiero ser feliz / pero no puedo ser feliz / hasta que a ti / te haga también feliz».

Pero el verdadero ritmo se manifiesta muy a menudo, con el lento rastrear de pies sobre la arena, el súbito silbido del jefe, el salto ágil en el aire y los fantásticos temblores y pataleos. Entonces uno puede imaginarse fácilmente la caza y muerte del león, el regreso triunfal de los cazadores junto con las mujeres del *kraal*⁴ y el descanso conseguido por algún atormentado espíritu ancestral. No lejos de mí, bajo los rayos del sol, un espectador negro se estaba confeccionando un jersey de punto sin dejar

4 Asentamiento de chozas propio del sur de África.

de mirar la danza. Se había puesto la parte de la espalda, que tenía terminada, y se estaba haciendo el delantero, hilera por hilera, sobre el negro pecho desnudo. Advertí que las agujas seguían el compás de los tambores.

Los bailarines estaban visiblemente satisfechos de que hubiera turistas blancos entre los espectadores; pero uno tenía la viva impresión de que en realidad bailaban para ellos mismos y para los suyos de los asientos de sol —los verdaderos *aficionados*⁵— y que respondían a la llamada de unos instintos que los hombres blancos consideran desde hace tiempo demasiado primitivos e infantiles para ser manifestados al aire libre.

En esto quedaron, pues, nuestras esperanzas de ver la primitiva vida de tribu de los africanos, al menos en el Sur. Por consiguiente, decidimos hacer de los animales salvajes el principal objetivo de nuestro viaje. Los amigos de Johannesburgo nos trazaron amablemente un itinerario. Este nos llevaría a través de los grandes parques creados en los últimos cuarenta años, empezando por los cotos Kruger y Hluhluwe, en África del Sur, y siguiendo cada vez más hacia el norte hasta llegar a las fuentes del Nilo en Uganda y al Congo Belga.⁶

El parque Kruger, nuestro primer objetivo, es un poco más antiguo y más grande que la mayoría de los otros cotos. Ya en 1884, el presidente Kruger decidió proteger la vida de los animales salvajes de África del Sur y, a finales de siglo, se había delimitado una zona inviolable de tres mil ochocientos kilómetros cuadrados, cerca de la frontera del África Oriental portuguesa. Pero hasta 1926 no puede decirse que existiera el parque como tal, después de numerosas ampliaciones. Hoy tiene una extensión de dieciocho mil novecientos kilómetros cuadrados,

5 En español en el original. [N. del T.]

6 Antigua denominación de la actual República Democrática del Congo, cuando era colonia de Bélgica.

que es aproximadamente la misma que tiene Gales. Su objeto era loable y sencillo: poner fin, al menos en parte, a la matanza masiva de animales y dar a los científicos y al público en general la oportunidad de estudiar la vida salvaje en su propio elemento. Sin embargo, la vigilancia del parque resultó difícil en la práctica. Desde luego, no estaba vallado, y los colonos que lindaban con el coto no se sentían muy satisfechos cuando salían los animales por la noche a pisotear sus cosechas y atacar a sus obreros. Entre los africanos, siempre hambrientos de carne y que consideraban a todos los animales como sus naturales enemigos, la caza furtiva llegó a constituir una pequeña industria. Además, había que luchar con los incendios, las inundaciones y las epidemias. Incluso la multiplicación de las bestias carnívoras, especialmente los leones, llegó a constituir un problema. Sus presas principales, antílopes y cebras, empezaron a desaparecer en proporción alarmante, y hubo que matar algunos leones. Más amenazadoras aún eran las presiones de ciertos grupos políticos que alegaban que la tierra de los parques se necesitaba para la creciente población humana y para pastos y cultivos.

Fueron los turistas quienes probablemente salvaron el peligro. Desde el principio, los habitantes de Johannesburgo, Durban y otras ciudades se aficionaron a pasar breves vacaciones en el parque Kruger, no para cazar, y muchos ni siquiera para sacar fotografías, sino simplemente para disfrutar unos días de un ambiente selvático cada vez más raro en el mundo. El dinero que pagaban por la entrada y el alojamiento bastó para mantener la empresa durante los primeros años de prueba. Ahora, pasada ya la mitad del siglo xx, siguen existiendo los primitivos problemas, pero ya no es probable que el Gobierno sudafricano deje morir el parque. En 1956 lo visitaron unos noventa mil turistas, y después este número ha ido aumentando.

Un hermoso día de febrero mi esposa y yo salimos en automóvil de Johannesburgo para cruzar el *veldt*.⁷ Los pájaros viudos, con sus fantásticas colas negras de más de treinta centímetros de longitud, revoloteaban por todas partes como gallardetes agitados por la brisa. Un impresionante paisaje poblado de espesos arbustos y de eucaliptos se extendió ante nosotros. Almorzamos junto a un arroyo. Después, al dirigirnos por la tarde hacia el este, penetramos en cálidos bosques de árboles semitropicales, naranjos y granados, piñas y plátanos. Mientras avanzábamos, recordé el reglamento del parque. No se permitía introducir armas de fuego ni perros. Una vez cruzada la verja de entrada, la velocidad máxima era de cuarenta kilómetros por hora y, si uno tropezaba con una manada de elefantes, debía detenerse, parar el motor y esperar a que se hubiera alejado el último animal. Los búfalos, los hipopótamos e incluso los leones no requerían tanta precaución. En todo caso, según explica el libro, uno no corría ningún peligro si no bajaba del coche. Se suponía que los vapores del aceite y el petróleo borran el olor del hombre. Además, aquellas fieras se habían acostumbrado a ver pasar los coches y no asociaban con ellos ninguna idea de peligro. Por último, había que entrar antes del anochecer en el campamento vallado, cuyas puertas permanecían cerradas toda la noche y se abrían al despuntar el alba.

Todo esto estaba muy bien, aunque uno no dejaba de tener sus dudas. ¿Qué ocurría si el coche sufría una avería antes de llegar al campamento? ¿Había que permanecer quieto toda la noche? El libro de instrucciones no preveía este caso ni indicaba lo que había que hacer en caso de extravío por los caminos del parque. ¿Qué ocurría si al doblar un recodo te encontrabas en medio de una manada de elefantes? ¿Y si estos cambiaban de rumbo y venían en la dirección de uno? Desde luego, era

7 Palabra afrikáner para designar la pradera sudafricana.

tranquilizador pensar que noventa mil personas habían hecho la misma excursión el año anterior; pero, en el fondo de la memoria, surgían vivamente todos los relatos que habíamos leído sobre la caza mayor en África, las emboscadas, la carga repentina de un búfalo herido. No creo que estuviésemos realmente asustados, pero nuestra conversación se fue apagando y, ya avanzada la tarde, llegamos en silencio a la entrada del parque.

Aquí, al menos, no había nada alarmante. Una barreta cruzada en el camino. Un par de empleados africanos del parque, haraganeando de aquí para allá. Un guardián blanco, metido en un quiosco en el que se exhibían postales de colores. Firmamos una declaración en la que nos comprometíamos a no dañar a los animales, pagamos la módica entrada de diez chelines por persona más otro tanto por el coche y seguimos adelante. Un camino enarenado se adentraba en la maleza flanqueado por altas hierbas y matorrales a ambos lados. Muy pronto doblamos un recodo, perdimos de vista el quiosco y nos encontramos solos.

Reinaba un silencio asombroso. No dejábamos de mirar hacia delante y hacia los lados, pero nada se movía, ni siquiera un pájaro, y no había más ruido que el suave crujir de la grava bajo los neumáticos. Todavía teníamos que recorrer ocho kilómetros y aceleré un poco hasta alcanzar los treinta y dos kilómetros por hora. Guardábamos silencio. Y entonces ocurrió la cosa. A menos de catorce metros de nosotros, al pie de un grupo de arbolitos, había un buey kudú. Estiraba la cabeza mordisqueando las hojas de una rama, pero se interrumpió al ver el coche, se nos quedó mirando con ojos húmedos y permaneció absolutamente inmóvil. Por mi parte, quedé tan sorprendido que paré el motor. Inmediatamente lo puse de nuevo en marcha. El animal siguió sin moverse y sin dejar de mirarnos. Así estuvo quizá durante tres minutos. Después ladeó

la cabeza, se volvió y se alejó. Al momento salió una hembra de la espesura y fue a reunirse con él. Entre la maleza, más lejos, se oyó el ruido promovido por otros animales.

He querido describir este incidente porque la primera visión de los animales salvajes en su ambiente natural constituye una especie de revelación y, aunque mil escenas más interesantes se ofrezcan después al viajero, siempre será la primera impresión la que quede más claramente grabada en su memoria. Los colores de los animales son más brillantes; sus siluetas, más definidas; y sus ojos, más vivos de lo que uno había imaginado previamente. En sus movimientos hay una especie de tensa vitalidad y un matiz de desafío que permiten que el observador se sienta empequeñecido, mucho más insignificante de lo que hasta entonces se había figurado ser. El sentimiento de superioridad y de privilegio con que el ser humano suele enfrentarse a otras especies nos abandona de pronto (uno ya no es más que otro intruso en la espesura, como los animales mismos) y en un instante comprendemos hasta qué punto el contacto humano deforma a las criaturas salvajes y altera sus proporciones. Mientras el guardián de un parque zoológico les impone una apariencia de excesiva tranquilidad y mansedumbre, el cazador (y lo mismo el artista, el fotógrafo y el taxidermista) nos lo presenta casi invariablemente con un aspecto demasiado fiero y dramático. Pocos animales, en su ambiente natural, viven en un estado de pánico, de furia o de violencia. Es posible que estén constantemente alerta, pero casi siempre los sorprendemos debajo de unos árboles, como el kudú de mi relato, comiendo tranquilamente. Como espectáculo es algo soberbio.

Desde luego tuvimos suerte al tropezar con un kudú de buenas a primeras, pues es un animal muy grande, de finos cuernos en espiral y que es considerado como una de las cosas más dignas de verse de la selva africana. Pero no lo era menos el par de impalas que cruzaron

saltando el camino, un trecho delante de nosotros, con una gracia y agilidad maravillosas, e incluso el feo mandril que encontramos junto a la verja del campamento tenía un aire realmente *soigné*.⁸ Se habría dicho que le habían lavado y cepillado hacía poco.

El campamento en que nos alojamos durante los tres primeros días se llamaba Pretoriuskop y había servido de modelo a muchos otros campamentos de otros parques africanos. Reina allí un extraño ambiente. Uno diría que se halla en un refugio americano si no fuese porque su choza, que llaman *rondavel*, es circular y tiene un techo de ramas, y porque el muchacho negro que hace de cocinero le llama a uno *Bwana*, y porque uno no deja de advertir la valla que le separa de la maleza circundante. Por la tarde hay mucho movimiento a causa de los coches que entran cargados de viajeros que vienen de visitar el parque (tienen que pagar un suplemento si llegan después de cerradas las puertas), y no tarda en descubrirse que también allí —como en un chalet de esquiadores o en la casa de un campo de golf— existe su jerga especial y sus costumbres. Uno se habitúa pronto a ello. Se comentan los incidentes del día con los otros visitantes y siempre se cargan un poco las tintas, aunque solo lo necesario para adelantar a los demás. Llamamos a los moradores del más próximo *rondavel*, que acaban de llegar:

—¿Han visto algo?

—Poca cosa. Solo unos cuantos jabalíes verrugosos y un par de jirafas.

Los jabalíes verrugosos son bastante corrientes, pero la jirafa no abunda mucho en aquel extremo del parque, y por esto les comentamos:

—Dicen que hay un león estupendo que ronda por el camino de Sabie River. Un compañero con quien he hablado le ha visto hoy matar una presa.

8 Aseado.